

# Pamplona durante la guerra de la Independencia

Pedro del GUAYO LITRO\*

## COMIENZA LA GUERRA Y PAMPLONA SE TRANSFORMA

Fue con los sucesos de Bayona de mayo de 1808 cuando el polvorín que era la nación estalló definitivamente. En Madrid, el dos de mayo, el pueblo se levantó en armas. Después fueron las ciudades y localidades de su entorno. Con rapidez, las diferentes poblaciones españolas dieron cara al que había entrado como aliado pero que ya llevaba bastante tiempo paseándose como invasor. Cuatro días tardó un emisario en recorrer la distancia entre Madrid y Bayona para dar noticia de lo sucedido en la capital. La guerra había comenzado.

Pamplona llevaba desde febrero ocupada por los franceses. Desde el principio fue transformada en una base de operaciones del ejército imperial. La capital navarra era lugar de paso obligado para entrar en España y una ciudad con recias defensas, desde las cuales controlar un inmenso territorio. Muchos soldados entraban en ella y debían ser acogidos. Con tal cantidad de invasores, nada pudo hacer el pueblo por rebelarse cuando las noticias de lo que estaba ocurriendo en el país llegaron a sus puertas. A nivel oficial, las autoridades permanecieron sin hacer nada. Tenían las manos atadas y demasiado que perder.

El pueblo esperaba una declaración formal de guerra por la Diputación de Navarra, pero esta no llegaba. Fue la noche del 29 al 30 de agosto cuando los diputados huyeron de Pamplona y se dirigieron a Tudela. Y allí, libres de sus captores, realizaron el deseado manifiesto: «La Religión, el Rey y la Patria, están pidiendo venganza contra el perfido violador de sus sagrados derechos»<sup>1</sup>.

El general D'Agoult fue nombrado gobernador militar de Navarra<sup>2</sup> y desde el comienzo de su mandato tuvo que hacer frente a un pueblo que

\* Licenciado en Historia por la Universidad Autónoma de Madrid.

<sup>1</sup> L. del Campo Jesús, *Pamplona, tres lustros de su historia (1808-1823)*, p. 7.

<sup>2</sup> Posteriormente se sucederán como gobernadores Dufour, el conde de Reille y el barón Abbé, siendo el general Cassan el último defensor de la plaza de Pamplona ante el bloqueo aliado de 1813.

no aceptaba su presencia. Muchos pamploneses huyeron de la ciudad para unirse a las diferentes partidas guerrilleras que comenzaron a nacer en los meses siguientes.

Mientras tanto, el 15 de junio de 1808, comenzaba el primer asedio de Zaragoza. Esto hizo que Pamplona se convirtiese en la plataforma desde la que eran lanzados cientos de soldados franceses contra la capital aragonesa. Para ello, la ciudad se vio convertida en un enorme cuartel y en un gran hospital, pues eran muchos los que regresaban heridos.

Véanse los diferentes documentos sacados tanto del Archivo General de Navarra como del Archivo Municipal de Pamplona para hacerse una idea de ello.

Para evitar que los soldados franceses sean alojados en las casas de los vecinos. El ayuntamiento pide al virrey que haga lo necesario para utilizar el convento de Carmelitas Descalzos y el Seminario Conciliar como cuarteles. Y que también se ciñan más los religiosos de San Francisco y San Agustín<sup>3</sup>.

Finalmente mando evacuar (el general D'Agoult) totalmente el convento de San Francisco. Y que sus frailes se instalen en la ciudad. Siendo sellada la puerta que da acceso al convento para aumentar el cuartel<sup>4</sup>.

El señor general D'Agoult se ha presentado hoy a las tres dadas en la casa del Ayuntamiento y me ha significado tiene aviso de que mañana después del mediodía, llegarán a esta Plaza cien oficiales y mil soldados, prisioneros de guerra españoles, que los oficiales seran aloxados en casa de Ezpeleta, ó en casa del Regente, y será necesario disponer camas decentes, que los soldados podran ser colocados en una yglesia que haya desocupada, ó en las bajeras y Lonjas de la Casa del Ayuntamiento que entiendo ser seguras, y capaces; que sera preciso pasarles raciones para dos dias; que se les dara el pan de la Provision; que se hace preciso limpiar luego los dos cuarteles, de Casa de Ezpeleta y casa del Regente, y hacerse cargo de los efectos que han quedado en ellos por la salida de las tropas, respecto de que se hallan abandonadas; que para cocer la comida de ellos se repartan las raciones en varias casas de fondas, posadas, y otras que puedan verificarlo<sup>5</sup>.

Con el paso de los meses todos los conventos de la ciudad se vieron ocupados por tropa, heridos o prisioneros de guerra de diversa índole. En un documento del 30 de julio de 1809 se enumeran como cuarteles: descalzos, San Francisco, San Juan Bautista, Santo Domingo, San Agustín, Doctrinos y la Merced, así como todos los antiguos cuarteles que ya existían antes de la invasión (San Martín, Caballería Grande, ciudadela) y un amplio número de casas, que por su amplitud, sirvieron de alojamiento a los soldados franceses.

Desde el principio de la guerra muchos fueron los que tuvieron que ser atendidos en Pamplona. Por ello se habilitó gran número de edificios para tal fin. Incluso se llegó a alojar a estos en casas particulares, con el consecuente malestar de sus inquilinos. El convento de las carmelitas, el colegio de San Juan, la Merced y los capuchinos fueron alguno de los lugares elegidos.

<sup>3</sup> Archivo Municipal de Pamplona (AMP), Guerra. Alojamientos y cuarteles, leg. 93, 22 de agosto de 1808.

<sup>4</sup> *Ibid.*, 11 de noviembre de 1808.

<sup>5</sup> AMP, Guerra. Cuarteles, leg. 187, c. A, Pamplona, 26 de noviembre de 1808.

## LOS ALOJAMIENTOS

La vida cotidiana de los pamploneses se vio transformada totalmente. Debieron hacer frente a numerosas «peticiones» por parte de sus nuevos dueños de diferentes materiales con los que abastecer el gran número de soldados que habitaban en la ciudad. Mantas, colchones, carros, animales de tiro...; mucho era lo que pedían los franceses y nadie se podía negar. Pero esto no acababa aquí, ya que desde el principio de la contienda muchas casas tuvieron que alojar a jefes y oficiales que no podían ser colocados junto a sus tropas por distinción de rango.

Para ello se creó una oficina de alojamientos (Junta de Alojamientos y Cuarteles). Se colocó en la Casa de la Ciudad, situada en la plaza del Castillo y hoy conocida como la Casa de los Toriles. Por un documento del 8 de octubre de 1808 se conoce que Juan de Iturralde quedó nombrado para correr con el encargo de repartir a los oficiales franceses por las distintas casas que cumplieran con ciertos requisitos de amplitud y comodidad<sup>6</sup>. Cuando un nuevo contingente de tropas llegaba, dichos oficiales debían acudir a esta oficina y pedir un domicilio que les acogiese. Se les entregaba una «boleta» en la cual se señalaba la casa asignada, así como el dueño o dueña de esta. A lo largo de la ocupación, muchos fueron los problemas que surgieron debido a estos alojamientos forzosos. Baste estos documentos para verificar lo que digo:

[...] Ha tenido que acoger en su casa a un Gendarme con su mujer, criada y criado. Y tiene que darles un local suficiente para dar de comer a los oficiales de la Gendarmería y Usares [...]. Han tomado la localidad que les ha parecido para establecer como han establecido su fonda admitiendo en ella a todo genero de gentes de todas clases de modo que parece aquella casa la oficina del asiento de negros [...]. Lo cierto es que el rentero se ha despedido, que me ha asegurado que en la cocina que han tomado se hace una hoguera y fuego tan orroroso que el peligro de un incendio es el mas inminente, que la mujer del fondista le ha prevenido que los francmasones quieren poner un villar y un cuarto para las ocasiones de sus banquetes.

El desgraciado se llamaba Ramón de Fada y la casa estaba en la calle Mayor, n.º 10<sup>7</sup>.

Doña Catalina de Goyeneche, viuda de don Juan Luquet, vecina de esta Ciudad y su Plaza del Castillo al n.º 28 a V. E. [...] que la esponente con cinco hijas que tiene en su compañía vive mas por providencia que por industria [...]. En la primera venida del señor Dorsene le echaron dos mamelucos y desde entonces le alojan continuamente que entran tropas un oficial con su asistente: La habitación que ocupa se compone solo tres cuartos con otras tantas camas indecentes y si han de ceder dos para los alojados no les queda mas que una cama para seis mujeres; al que se agrega que no tienen sirviente que les traiga lo que les ocurra ni menos el corto utensilio de fuego y luz<sup>8</sup>.

<sup>6</sup> *Ibid.* Juan de Iturralde recibió el encargo de repartir los alojamientos. Su hermano Domingo fue asignado como ayudante. Juan cobraba seis pesetas diarias y Domingo, tres pesetas.

<sup>7</sup> *Ibidem.*

<sup>8</sup> AMP, Guerra. Suministros y Contribuciones, leg. 129, c. A.

O como aquel alto oficial que tras rechazar la casa asignada por dos veces «dejó un papel con expresiones injuriosas a los magistrados y diciendo que si a las doce no tenía alojamiento lo tomaría militarmente» (26 de mayo de 1808)<sup>9</sup>.

Pero no solo los habitantes de las casas tuvieron que sufrir con los obligados invitados. Pues también los que trabajaban en la oficina de alojamientos tenían que tratar con algunos oficiales que querían tomarse ciertas libertades. A Juan de Iturralde, un capitán de Ingenieros, queriendo coger tres boletas para comprar las casas y ante la negativa del funcionario «le tiro junto al ojo un golpe con punio cerrado y desenvainando el sable le emprendio a sacudirle sablazos por la espalda a cuyas resultas se halla retirado en su casa, y llamado al zirujano para la curacion». Esto sucedía un 25 de noviembre de 1811 a la una de la tarde<sup>10</sup>.

Al final, y debido a las numerosas quejas de los vecinos, las autoridades francesas tomaron cartas en el asunto. Si alguien tenía algún problema debía ponerse en contacto con el comandante de la plaza. Hay que decir que las quejas persistieron, pero por lo menos muchas de ellas fueron oídas. Debemos tener en cuenta que los franceses eran invasores, pero no por ello descuidaban al pueblo que se supone querían tener de su lado. El trato era frío, duro y muchas veces distante, pero no se puede negar que, hasta donde pudieron, intentaron vivir en relativa paz y armonía con la población.

Los franceses modificaron la ciudad según sus necesidades. Pero hay que señalar que en otros muchos aspectos dejaron libertad de actuación a los pamploneses. Por ejemplo, jamás intervinieron en la elección de los miembros del Ayuntamiento. Permitieron seguir con la tradición existente que se remontaba a época del rey Carlos III.

## LA HIGIENE Y LOS CEMENTERIOS

Todo lo relacionado con la salud se lo tomaban muy en serio. Al fin y al cabo, en una ciudad saturada de personas o se mantiene cierta higiene o las enfermedades aparecen en escena rápidamente.

Introdujeron cambios que resultaban beneficiosos para los habitantes, como la orden de limpieza dada el 17 de octubre de 1810. En ella se obligaba a que los vecinos barriesen todos los días los frontis de sus casas. Se prohibía arrojar inmundicias por las ventanas. Cada día se debían quitar las basuras de las calles y los montones de piedras de los paseos. Y todas las mañanas, los miembros de la municipalidad debían darse una vuelta para ver si se cumplía lo mandado. El que no obedecía tenía una multa considerable<sup>11</sup>.

A pesar de todo, dicha orden no se cumplía con la rigurosidad deseada. Lo podemos apreciar en un documento de diciembre de 1810 en el que se pide limpien las inmundicias que hay en la calle de la Dormitalería, detrás del pequeño Seminario «porque las miasmas que exalan, corrompen el ayre, lo que es muy peligroso para los enfermos, que se hallan en el Hospital del Palacio Episcopal»<sup>12</sup>.

<sup>9</sup> AMP, Guerra. Suministros y Contribuciones, leg. 129, c. B.

<sup>10</sup> AMP, Guerra. Cuarteles, leg. 187, c. A.

<sup>11</sup> *Ibidem*.

<sup>12</sup> AMP, Hospital Militar, leg. 103.

Por una orden del virrey, de 5 de diciembre de 1808, apoyada por las autoridades napoleónicas, todas las parroquias de la ciudad deberán utilizar sin excepción el cementerio común de Berichitos, construido en 1806. Y es que, según las nuevas ideas, no se consideraba muy bueno para la salubridad del aire que los cadáveres se enterrasen dentro de la ciudad, práctica que se venía haciendo durante toda la Edad Media y Moderna. Dicha orden no fue muy bien recibida por todos, pues hay que tener en cuenta que eso de desvincularse una vez muerto de la parroquia a la que se pertenecía, de separarse de los santos a los que tenían gran devoción, de alejarse del altar de su iglesia y de permitir que les enterrasen en un campo situado extramuros de la ciudad era algo que muchos querían evitar a toda costa. Se sabe que algunos funerales se llegaron a realizar con nocturnidad en las viejas parroquias de la ciudad. Cuesta mucho cambiar las tradiciones, y más aún las que tienen que ver con las creencias religiosas.

No ocurrió lo mismo con los franceses que morían en Pamplona. Lo que no estaba del todo unido en la vida no debía mezclarse en la muerte. Para ellos se dispuso de varios cementerios que fueron renovándose conforme se llegaba a un número de enterramientos. Según Arazuri, existió uno ya desde 1808 en el término llamado de los Pinos, lugar donde más tarde se levantaría la Granja Provincial y donde hoy está el instituto Julio Caro Baroja-La Granja<sup>13</sup>. Pero no fue este el único camposanto napoleónico, como se puede apreciar en los siguientes documentos, y tal vez tampoco fuera el primero:

Muy señor mío. Para proceder con acierto en la elección de sitio para camposanto de los cadáveres de las Tropas Francesas, considero preciso que dos médicos que V. E. se sirva nombrar, lo designen, pues estos como facultativos sabrán qual sera el mas apropósito para el efecto principal de libertar la salud publica de toda mala resulta que las miasmas exaladas de tales sitios pudieran producir; y en habiendose hecho la eleccion se terraplenara a satisfacción el que se ha usado hasta aquí, y dara principio ha hacerse uso del nuevo profundando bien los oyos, y echando cal con abundancia como se ha practicado en el pasado.

Dios guarde a V. E. felices años. Pamplona de mi Consistorio 21 de enero de 1809<sup>14</sup>.

Y este otro del virrey a la ciudad, que viene a decir lo mismo:

Dispondrá a la mayor brevedad, a otro sitio para enterrar a los cadaberes franceses, haciendo que se profundicen bien los oios, y se heche mucha cal, ordenando asi mismo que en el antiguo sitio, se terraplene, procurando evitar todo fetor. Pamplona 21 de enero de 1809<sup>15</sup>.

La localización de este nuevo cementerio sigue siendo desconocida, ya que aún no se ha encontrado la contestación que los médicos dieron al Ayuntamiento. Lo que sí parece cierto es que el antiguo cementerio al que hacen mención los documentos, que sería el primero en haberse utilizado y que ahora se quería dejar de utilizar, estaba en el término conocido como Prado

<sup>13</sup> J. J. Arazuri, *Pamplona. Calles y barrios*, vol.1, Pamplona, 1981, p. 98.

<sup>14</sup> AMP, Hospital Militar, leg. 103.

<sup>15</sup> *Ibidem*.

de San Roque, pues en un listado de los suministros dados a los franceses desde el 9 de febrero de 1808 hasta 1809 se puede leer: «Por gastos de abrir zanjas en el Campo Santo de San Roque, con destino a enterrar los cadáveres de soldados que morían en los Hospitales»<sup>16</sup>.

Queda por saber desde cuándo se usó el del término de Los Pinos y si este se trataba del que dieron parte los facultativos o de un tercero.

Pero dejemos a los muertos y volvamos con los que estaban vivos.

## NUEVAS FIESTAS Y UNA ESCUELA DE FRANCÉS

Los franceses procuraron por todos los medios agradar a sus nuevos vecinos. Siempre, claro está, dentro de unos límites. Eran militares, la fuerza invasora, el nuevo gobierno, y la prioridad para ellos era ganar la guerra. Si algo se les ponía de por medio, no dudaban ni un segundo en hacerlo desaparecer. Tenían una misión clara y la iban a cumplir. Pero hay que tener en cuenta que una invasión no solo consiste en hacerse con todo el territorio deseado, también hay que ganarse la fidelidad de los conquistados. Lo primero lo consiguieron rápidamente, lo segundo, no. Supieron respetar todas las tradiciones religiosas de la ciudad. Conocían el profundo acervo religioso de esta tierra y participaban en todas las procesiones y días grandes que se repartían por el calendario. Todas las victorias de los ejércitos napoleónicos fueron celebradas en la catedral, tedeum y repique de campanas incluidos. Mostraban su lado religioso para acercarse a sus sometidos. Incluso introdujeron en el calendario nuevas festividades que duraron lo que duró la presencia francesa. El 15 de agosto comenzó a celebrarse el día de San Napoleón, ya desde el primer año de la ocupación. Coincidió con la Virgen de agosto, la Asunción de María, pero el nuevo santo supo relegarla a un segundo lugar. Ese día, en 1769, nació el que luego sería emperador de los franceses y fue llamado así en recuerdo de su difunto hermano mayor y de un mártir del siglo III. También se celebraba la coronación de Bonaparte el 2 de diciembre; el día del «rey José Napoleón», el 19 de marzo; el cumpleaños de la emperatriz María Luisa, el 25 de agosto y, por último, el nacimiento del hijo de Napoleón, el conocido como Rey de Roma, el 20 de marzo. Las celebraciones se realizaban con banquetes, misas mayores, festejos varios, incluidas corridas de toros que se realizaban en la plaza del Castillo, cuyos balcones servían de palcos desde donde ver la faena, escrupulosamente ordenados según la jerarquía militar y civil.

Se interesaron por fomentar el acercamiento de la cultura francesa al pueblo navarro. Esto se aprecia en el apoyo dado por el gobernador de Navarra, el general Abbé, y por el comisario de la policía militar, Mendiry, al religioso agustino P. Antonio Góriz cuando este creó una escuela pública de francés. Parece que dicho centro tuvo relativo éxito, ya que un documento del 14 de abril de 1812 pide que se cambie el local de la calle Estafeta n.º 38 a Zapatería n.º 45, pues no tiene espacio, debido al número de alumnos<sup>17</sup>.

Dejando a un lado los lazos de amistad y entendimiento que se pretendieron establecer entre los dos pueblos, volvamos a la realidad de la guerra.

<sup>16</sup> AMP, Guerra. Suministros y contribuciones, leg. 129, c. A.

<sup>17</sup> AMP, Guerra. Cuarteles, leg. 187, c. A.

## LOS CIUDADANOS Y LA GUERRILLA

Desde el principio de la contienda muchos fueron los pamploneses que abandonaron sus hogares para unirse a las partidas de guerrilleros que iban surgiendo. Salir de Pamplona no era sencillo, pues se debía dar parte de la salida y, si no se regresaba, el domicilio del ausente quedaba bajo vigilancia. Por ello, muchos aprovechaban la oscuridad de la noche para deslizarse por las murallas o inventaban un trabajo que les obligaba a alejarse de sus hogares. Un caso fue el de Juan de Villanueva, que se hizo famoso por una partida de voluntarios que creó para luchar contra el francés y que será conocido por la historia como Juanito el de la Rochapea. Conforme pasaron los meses, las autoridades francesas se pusieron serias con este asunto. Si algún vecino estaba ausente se debía dar parte a las autoridades. En cada barrio existía una persona asignada para esta y otras labores, como la de valorar las pertenencias de cada hogar, para poder repartir los gastos y las necesidades militares; la de señalar casas que pudiesen servir para el alojamiento de oficiales y ser los responsables de la zona ante las autoridades galas. Con frecuencia recibían órdenes de realizar listas de empadronados, en las cuales se debía señalar la condición de los habitantes (negocio, posesiones y número de personas que hay en la casa). Se les denominaba priores de barrio.

Por aquel entonces la ciudad de Pamplona estaba dividida en los siguientes barrios: Mayor y Bolserías, Tecenderías, Pellejerías, San Francisco, San Lorenzo, Descalzos, Zapateros, Tiendas, San Antón, San Miguel, San Nicolás, Lindachiquía, Pozoblanco, Compañía, Estafeta, Calderería, Merced, Rochapea y Magdalena. Como se puede apreciar, salvo los dos últimos, los demás se corresponden con las actuales calles del Casco Antiguo de Pamplona.

Muchos eran los espías de la guerrilla que entraban en la ciudad para redactar informes y enterarse de noticias. En ella se planificaban todos los movimientos de soldados. Se comunicaban las llegadas de tropas, armamento, munición y alimentos. Era el cuartel general del enemigo en Navarra y no faltaban los ojos y oídos de aquellos que buscaban información valiosa. Esta situación no podían tolerarla los franceses. En esta orden dada el 26 de junio de 1809 se puede apreciar alguna de las medidas tomadas.

Habiendo el Señor General Gobernador, advertido, que diariamente entran en la Plaza, personas sospechosas, no solamente de espionaje, sino tambien de rovo y de salteamiento, que van á alojarse á las posadas, y aun á las casas de particulares, que les dan asilo.

Ordena, que ningun propietario, de casa, posadero, inquilino, alquilador de habitaciones, ni otro, pueda alojar á persona alguna, sin declararlo por escrito á los comisarios de su cuartel: esta declaracion contendra los nombres, apellidos, calidad, profesion, lugar de nacimiento, domicilio y motivo por el qual estas personas hayan venido a Pamplona; si deben permanecer en la Ciudad, y si estan provistas de pasaporte, si no tubiesen este, se les combida a que se provean de el en la casa del Ayuntamiento de esta Ciudad, en donde se les dara, baxo responsabilidad de dos ciudadanos conocidos, sea de la Ciudad, ó sea de la Navarra.

Los contrabentores á esta orden, seran castigados por la primera vez, con prision de tres dias, y una multa de cuarenta francos; y en caso de reincidencia, sera duplicada la multa, y el castigo proporcionado á las circunstancias.

Los señores comisarios de cuarteles, entregaran todas las noches á las nueve, el estado de los forasteros que hayan llegado á esta Ciudad, en el despacho de la Plaza. =El General Gobernador de Navarra=D'Agoult<sup>18</sup>.

Estos comisarios de cuarteles que se señalan en el texto eran personas de la ciudad, incluso antiguos militares, que habían sido asignados para que procurasen la correcta distribución y alojamiento de las tropas en los diferentes lugares asignados. Se consideraban funcionarios. Cobraban su sueldo y estaban exentos de pagar ciertos impuestos.

No era fácil andar libremente por la ciudad y menos pasar una noche si no tenías los papeles en regla. Todo aquel que quería salir de esta, desplazarse por trabajo o por el motivo que fuera, debía llevar consigo un pasaporte que, aun no existiendo la fotografía, servía para identificar de una manera clara a su propietario. Dicho documento constaba de dos partes, ordenadas en dos columnas verticales. En la de la izquierda aparecía lo siguiente:

El ayuntamiento de la M. N. Y M. L. Ciudad de Pamplona, Cabeza del Reyno de Navarra,  
 Concede libre y seguro pasaporte á ... natural de ... vecino de ... De ... para pasar á ...  
 Y recuerda á las autoridades de cualquier clase que sean el derecho que tiene el Portador á su proteccion y auxilio en caso necesario.  
 Este pasaporte vale por ...  
 Dado en Pamplona á ... de ... de ...

En la parte derecha del documento se intentaba describir al portador de la mejor manera posible. Se indicaba edad, talla, color, cabello, ojos, nariz, rostro y barba, así como cualquier seña accidental que tuviera<sup>19</sup>.

Pero a pesar de todas las medidas que se tomaban, Pamplona siguió siendo un nido de confidentes. Aun cuando la situación era más dura y la vigilancia francesa más exhaustiva continuaba saliendo información de la ciudad.

En los archivos de Pamplona se pueden encontrar los nombres de algunos que arriesgaban sus vidas con el único fin de ayudar a la guerrilla y acabar con el invasor. Muchos de ellos han sido olvidados para siempre, pero aún se recuerdan unos pocos.

Un caso era el de José Guidoy (Guidoti), un suizo que se instaló en Pamplona. A principios de siglo abrió un café con billares en la casa conocida como «de la suscripción», sita en la esquina de Chapitela con plaza del Castillo. Llegó a trabajar como conserje en el palacio del virrey y tenía como cometido acomodar a los generales y jefes imperiales en dicho palacio. Como dominaba a la perfección el francés, muchas veces fue testigo de conversaciones que merecía la pena transmitir. Se solía juntar con espías de Espoz en el café que regentaba y era ahí donde transmitía todo cuanto oía<sup>20</sup>.

Uno de los agentes más importantes de la guerrilla en la ciudad era Pedro Miguel de Alcatarena y Garayoa. Desde el principio de la contienda prestó sus servicios a la «resistencia». Primero lo hizo con Javier Mina y después con su

<sup>18</sup> AMP, Guerra. Cuarteles, leg. 187, c. A.

<sup>19</sup> AMP, Guerra. Alojamientos. Cuarteles y bagajes, leg. 122.

<sup>20</sup> F Miranda Rubio, *Guerra y revolución en Navarra (1808-1814)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, p. 150.



tío Francisco Espoz y Mina. Era propietario de un molino de harina situado a las afueras de la ciudad y suministraba pan a los soldados franceses. De esta manera y debido a que su trabajo le ponía en contacto con oficiales napoleónicos, se enteraba de noticias que luego sus empleados por la noche, mientras bajaban al molino a trabajar, traspasaban al maestro de Beriáin y este las transmitía a Espoz.

José Joaquín Arazuri, en su libro *Pamplona Antaño*, contaba cómo el molino de Caparroso, durante la guerra de la Independencia, se convirtió en el lugar de contacto entre los informadores que había dentro de la ciudad y los agentes de la guerrilla. En él se ocultaban los partes que luego llegaban hasta el propio Espoz y Mina. El peligro de aquellos trabajadores que arriesgaban sus vidas por pasar información era enorme. Pero eran los únicos que tenían cierta libertad para poder entrar y salir de la plaza a cualquier hora, con el pretexto de que se necesitaba harina para la producción de pan. Arazuri escribe:

Desde 1812 hasta el bloqueo, era en el dicho molino donde se redactaban la mayoría de los partes sobre el movimiento de las tropas francesas, los cuales salían de noche en los bolsillos de los bravos mensajeros, que después de atravesar el río eran llevados a Beriáin, de donde pasaban a poder del gran Espoz y Mina.

En alguna ocasión, parece ser que estuvo presente el mismo Mina en la elaboración de dichos partes. Los que llevaban las confidencias eran tres criados del molino, que por su cargo tenían libertad para entrar y salir de la Ciudad sobretodo durante el bloqueo, en el cual, y con ocasión de tener que moler salvado (por no disponer los sitiados de trigo), tardaron dieciséis días en realizar una labor que podía haber sido hecha en tres, con el fin de tener libertad de entrar y de salir de la Plaza, manteniendo así la comunicación con don Carlos de España, Jefe de las tropas sitiadoras, el cual los remitía a Lord Wellington, General en Jefe de los Ejércitos Aliados que combatían a Napoleón.

El mismo O'Donnell, Conde de la Bisbal, reconoce que recibía las confidencias de los movimientos de las tropas francesas a través del Molino de Caparroso.

[...] gracias a todas estas funciones de espionaje, se conserva todavía el vestigio del molino, ya que don Antonio Marfil y Mérida, Capitán de las tropas sitiadoras acantonadas en «La Casa Colorada» (situada en el barrio de Capuchinos), propuso a los altos Jefes quemar el molino, a fin de impedir la molienda y carecer la Plaza de este auxilio. A esto contestó el Comandante General... «no convenía, pues por el expresado molino se sabía todo»<sup>21</sup>.

A parte de usar el molino como lugar de enlace, utilizó un gran número de ardides para poder sacar la información fuera de la ciudad. Muchos de ellos jamás se hicieron públicos, pero algunos sí que llegaron a saberse. Como aquella vez que introdujo documentos de gran importancia para los españoles en los vientres de unos carneros que debían partir de Pamplona<sup>22</sup>.

Pero no solo se dedicó a transmitir noticias. También facilitó la fuga de numerosas personas que estaban bajo sospecha.

<sup>21</sup> J. J. Arazuri, *Pamplona antaño*, Pamplona, 1979, p. 88.

<sup>22</sup> L. del Campo Jesús, *Pamplona...*, *op. cit.*, p. 25.

Su situación era curiosa, ya que los franceses le tenían aprecio y confiaban en él. Gozaba de gran libertad para poder abandonar la ciudad, pues era el proveedor de pan del ejército napoleónico y las autoridades le otorgaban salvoconductos para que pudiera recorrer las poblaciones cercanas con el fin de conseguir trigo para Pamplona. Llegó a desempeñar el cargo de regidor del Ayuntamiento, nombrado como miembro de la municipalidad un 12 de septiembre de 1812.

Incluso en los momentos más duros para la ciudad, mientras estaba sometida a un duro bloqueo por las tropas españolas en 1813, seguía informando al general encargado del sitio, Carlos de España<sup>23</sup>, a la vez que mantenía una estrecha relación con el general francés Cassan, máximo responsable de la defensa de Pamplona.

Otros nombres que quedaron para la posteridad fueron los de Miguel Iriarte, alias Malacría, y Clemente Espoz, hermano del guerrillero. Su historia hay que situarla entre los meses de marzo y abril de 1809. Por aquel entonces era Javier Mina el Mozo o el Estudiante quien dirigía el Corso Terrestre. Este joven supo unir casi todas las partidas guerrilleras que operaban en Navarra y convertirlas en un pequeño ejército que hostigó a los franceses con acertada efectividad. Tanto que hasta el propio Napoleón quiso su cabeza.

En este contexto es donde entran en escena nuestros dos personajes. Clemente era vicario en el Hospital Civil de Pamplona y Miguel era el sepulturero del cementerio de Berichitos. Por aquel entonces, como ya he indicado anteriormente, existía un cementerio para los pamploneses y otro para las tropas francesas. Los soldados napoleónicos ya conocían a Malacría, pues era común verle con el «carro de los muertos» dirección al camposanto. No solía haber problemas con los controles de la puerta, ya que nadie deseaba tratar con la muerte tan de cerca. Pero de vez en cuando, cuando la situación era más propicia, lo que portaban los ataúdes no eran cadáveres, sino armas, munición e incluso uniformes realizados secretamente en casas pamplonesas para vestir a la guerrilla. Clemente Espoz daría credibilidad a las defunciones y Malacría burlaba a la guardia francesa y llevaba la carga a enterrarla a Berichitos. La tumba era señalada de alguna manera y luego, con la complicidad de la noche, manos anónimas se encargaban de repartir el contenido. Lo trasladaban a Badoitain, con la implicación de su párroco, Andrés Martín, y de allí a donde se necesitase. Con el tiempo, las autoridades francesas se enteraron del engaño y tanto Espoz como Iriarte tuvieron que huir. El primero llegó a Cádiz, mandado por su hermano. El segundo engrosó las filas de la guerrilla navarra. Clemente acabó asesinado en Portugal a manos de algún grupo de ladrones y Malacría fue hecho prisionero. Le sometieron a interrogatorios, pues las autoridades imperiales sabían que había mucha más gente involucrada. Pero Miguel Iriarte no dijo ni una palabra. Por ello fue ahorcado en Pamplona el 18 de octubre de 1810<sup>24</sup>.

El Gobierno francés no reparó en medios para acabar con cualquier tipo de oposición. Desde el principio persiguió a las guerrillas con todo su potencial. Pero debido a muchos factores, como el perfecto conocimiento del terreno y

<sup>23</sup> Se sabe que dispuso de un sistema de luces desde determinadas casas de la ciudad para comunicarse con los sitiadores.

<sup>24</sup> L. del Campo Jesús, *Pamplona...*, *op. cit.*, p. 13.

la general colaboración de los habitantes de Navarra con los guerrilleros, estos jamás fueron exterminados. Sí que vivieron situaciones límite, momentos en los cuales su existencia pendió de un hilo, pero jamás consiguieron acabar con ellos. No solo no pudieron sino que, conforme fue avanzando la guerra, las tropas de voluntarios se hicieron cada vez más fuertes y llegaron a constituir un auténtico ejército que puso en jaque al invasor. Pero mientras los hombres –primero de Mina y luego de Espoz– iban aumentando su poder por todo el territorio, en Pamplona se vivían momentos difíciles. La ciudad estaba continuamente vigilada y controlada por las tropas napoleónicas. Muchos fueron los que desfilaron por las cárceles acusados de colaboración. Pero, a pesar de todos los intentos que hacían los franceses, numerosas personas seguían ayudando a los «rebeldes» jugándose la vida.

Aún queda en pie, testigo mudo de las técnicas usadas para disuadir a los guerrilleros, un monolito en las cercanías de Pamplona. Nos recuerda lo sucedido el 9 de diciembre de 1812, cuando treinta y cuatro detenidos, diecisiete voluntarios y diecisiete padres de otros acusados de levantarse en armas contra los franceses, fueron sacados de las cárceles, llevados a los campos de Cordovilla y fusilados. Pero no contentos con esto, fueron colgados de los árboles como aviso. Hoy aún permanece el monolito que se erigió en el lugar donde ocurrió la masacre.

## EL COMISARIO Y SU AMANTE: LA POLICÍA MILITAR EN PAMPLONA

Buscando una medida efectiva y contundente, los franceses decidieron crear la Gendarmería del Ejército de España. Fue un cuerpo de policía militar del Gobierno, fundado por el general Buquet, bajo la supervisión del mariscal Moncey. Estaba formado por soldados veteranos, de gran arrojo y valentía, que habían dado muestras de su gran lealtad al emperador en un gran número de campañas. Estos escuadrones llegaron a Pamplona en marzo de 1810. Pero no fue hasta el 18 de agosto del mismo año cuando su nombre comenzó a causar auténtico horror entre los pamploneses. Y es que en esta fecha fue nombrado comisario de la policía de Pamplona un oscuro personaje llamado Jean Pierre Mendiry. Provenía de San Juan de Pie de Puerto. Tras varios años como comerciante, fue llamado a filas en la guerra de la Convención. Luchó bajo las órdenes del mariscal Moncey y fue ascendiendo en méritos militares. En abril entraba en Navarra y tuvo como destino la villa de Urroz. De aquí saltó a la capital con la misión de perseguir y erradicar, a cualquier precio, cualquier tipo de insurrección. Durante su mando, desde el 18 de agosto de 1810 hasta noviembre de 1812, que es cuando se disuelve la Policía Militar, los vecinos de Pamplona sufrieron sus constantes redadas, interrogatorios, encarcelamientos y ejecuciones. Los gendarmes, con sus bicornios de plumas coloradas, impusieron un régimen de terror. Cualquiera que fuese sospechoso, no ya de espía, sino de haber hecho un mal comentario, era apresado. Con mano de hierro hizo cumplir todas las órdenes dadas por el gobernador militar. Controlaba las casas, a sus inquilinos, a los que entraban y salían. Todo el engranaje creado por los franceses para dirigir la vida de la ciudad, los alojamientos, los cuarteles, los pagos de impuestos y entrega de diversos enseres, era examinado por Mendiry. Las cárceles se masificaron. Se tuvo que habilitar nuevos edificios para tal

uso. La ciudadela estaba llena y el convento de las recoletas se hizo famoso por convertirse en el penal al que eran destinados los familiares de los guerrilleros. Padres, madres, esposas, hijos e hijas se hacinaban dentro de sus muros esperando una orden para ser ejecutados o deportados. El propio Mendiry se quejaba de la situación de masificación que se vivía en dicho convento. Muchos pasaron meses e incluso años a la sombra de sus muros. Si alguien no pagaba lo exigido por las autoridades era encarcelado hasta que saldase su deuda. Si se detenía a algún guerrillero, poco tardaba en ser fusilado y colgado de un árbol extramuros. Los fosos de la ciudadela vieron desfilar a decenas de personas que jamás salieron vivas de ellos. La sola mención de su nombre causaba auténtico terror entre los ciudadanos. Terminada la guerra, muchos años después, aún se asustaba a los niños diciéndoles «¡Que viene Mendiry!».

Cuenta la historia que semejante personaje tuvo una amante en Pamplona que consiguió manejarle a su antojo. Su nombre, María Josefa Landarte, la Pepa.

Vino a este mundo un 6 de octubre del año de 1774 en Burguete. Sus padres, Miguel de Landarte y Graciana de Ezpelegui, eran habitantes de esta villa, así como sus abuelos. Casó el 22 de septiembre de 1789 con Gregorio Echeverría, natural de Arazuri. Fueron a vivir a la calle de Mercaderes y pocos años después, el 17 de agosto de 1792, moría Gregorio sin haber tenido descendencia con su esposa. Apenas unos meses después, el 11 de noviembre, casó por segunda vez. Lo hacía con Mathias Xabier Alonso, natural de Nagore, en la parroquia de San Juan Bautista de la capital. De esta unión nacería un solo hijo, Andrés Celestino, el 6 de abril de 1798<sup>25</sup>. Él era carnicero, por lo que ella desempeñó el mismo oficio. Residían en la calle Lindachiquía cuando las tropas napoleónicas llegaron a la ciudad y nada se sabe de cómo vivió los primeros años de la ocupación. También se desconoce cómo se conocieron ella y Jean Pierre Mendiry. Pero lo que sí se supo, pues estaba en boca de todos, es que desde la llegada de este a Pamplona mantuvieron un sonoro romance. Duraría hasta bien entrado 1813, que fue cuando Mendiry abandonó Navarra definitivamente. Las visitas del jefe de la policía a casa de la Pepa eran muy numerosas. Incluso los pamploñeses decían que pasaba más tiempo en ese domicilio que en el que tenía asignado. Cómo llevaba su marido la relación que tenía su esposa es un misterio. Su figura quedó eclipsada para la historia por culpa de su mujer. El romance que mantuvieron elevó a lo más alto de la sociedad a María Josefa. Se convirtió en la mujer más influyente de la capital. Su verdadera personalidad sigue siendo un enigma, como más adelante apreciarán. El poder que tenía esta señora sobre Mendiry era tremendo. A saber qué artes amatorias desplegó para controlar a semejante bestia. Esto se puede apreciar en un proceso abierto en 1814, después de la salida de los franceses, contra Antonio Sanz, un carmelita calzado acusado de «apasionado y adicto al Gobierno francés». El acusado, en una defensa escrita por su superior, menciona a Landarte, arrojando un poco de luz sobre su persona. Incluso reconoce conocerla y tener amistad con ella desde hacía tiempo.

Que después de la invasión de los Franceses mi parte no concurría á casa de la referida Landarte hasta que ahora como dos años y medio y arazon que se hallava celebrando Misa en casa del Marques de Besolla recibio un recado

<sup>25</sup> Los datos de la biografía de María Josefa Landarte han sido encontrados en la sección de microfilm del Archivo Diocesano de Pamplona (ADP).

de dicha Landarte (entregado por Francisca Suviza, doncella de esta) llamandole con instancia [...]. Que habiendo acudido mi parte a virtud de dicho recado ledixo la referida Landarte: Padre Sanz que diablo ha hecho. Mendiri tiene un papel diabolico contra V. M. que me lo enseñó á noche y en buena se ha metido. Si no por mi tan afusilado estava como otros. Viendo afligido y enbuelto en lagrimas a mi parte añadío que seria preciso se presentase en casa de Mendiri; y le dixese yba en su nombre á darle gracias á que repondio la mia que no se atrevia por que empezaria á tempear y centellear y lo sofocaria y que de dos medios antes eligiria el fugar, y repuso aquella que volviese a las doce del medio dia a su casa, que entonces estaria Mendiri, y no era regular que delante de ella lo tratase mal como es cierto.

Nuestro protagonista volvió a la hora acordada y se encontró con el jefe de la Policía Militar. Este portaba un documento en el que se decía había hablado mal sobre el Gobierno francés y fue despedido aconsejándole controlase lo que decía. El documento sigue así:

[...] fue pasados algunos dias del lance referido en el articulo anterior fue mi parte llamada nuevamente á casa de dicha Landarte, y encontrando en ella a Mendiri le enseñó este el papel de su acusacion lleno de proposiciones y calumnias que no havia proferido y tambien contenia algunas conversaciones que havia ablado acia vastante tiempo, y le dijo Mendiri: yo Señor Cura he tenido consideración con V. M.; debe V. M. á esta Señora el no haver sido afusilado<sup>26</sup>.

Como se puede apreciar en estas declaraciones y era bien sabido por todos los pamploneses, Landarte tenía cierto control sobre Mendiry. Según se contaba, la unión de ambos fue muy productiva. Ella, a cambio de regalos u otros pagos, conseguía liberar a personas de las cárceles y de ser fusiladas. Incluso se le acusó de crear un pingüe negocio que se basaba en que uno detenía y la otra conseguía su salida a cambio de dinero. Llegó a ser odiada y temida, respetada y, quien sabe si por algunos, querida.

Según los textos de la época, «por esta mediación, gratificarían con regalos de toda especie a dicha Landarte, cuia casa según oia decir en el Publico, esta tan alajada y servida de un todo qual no havia otra igual en esta Ciudad»<sup>27</sup>.

El 26 de junio de 1813 huyó de Pamplona por miedo al asedio que se estaba ciñendo sobre la ciudad. Fue detenida por los guerrilleros de Espoz en Urroz el día 4 de julio. Tal vez buscó refugio en este pueblo ya que era allí donde estaba la casa natal de su suegro (casa Alonso). La llevaron a Tudela, de allí a Peralta y después a Sada. Por último, el 18 de febrero de 1814, fue remitida al jefe político de la capital. Empezaba para ella una serie de juicios que durarían, al menos, hasta febrero de 1815, aunque con anterioridad ya fue juzgada por los tribunales creados por Espoz y considerada traidora a la patria. En Pamplona se le concedió el arresto domiciliario por razones de salud. Nadie podía visitarla, solo los médicos que debían dar parte de su estado. Intentó recurrir varias veces las sentencias e incluso pidió un indulto real, alegando que lo que hacía era por el bien de sus ciudadanos, que gracias a ella muchos salvaron sus vidas. Incluso se cuenta que en realidad trabajaba para Espoz como

<sup>26</sup> ADP, Procesos, Navarro, C/2.703-Nº10.

<sup>27</sup> Archivo General de Navarra, Documentos, leg. 69, N. 21.

espía. Pero nada se puede saber con seguridad, ya que los documentos referentes a su juicio, con testigos y pruebas presentadas, han desaparecido del Archivo General. Se esfumaron en su día, borrando toda huella de la verdad y quedando únicamente una versión de la historia. Tal vez sea la cierta o tal vez no. Tal vez María Josefa Landarte fue una mala mujer que se aprovechó del momento para extorsionar y jugar con la vida de sus vecinos. O tal vez se tratase en realidad de una víctima de un plan mayor, de un juego de espionaje en el que se vio envuelta y que luego fue abandonada a su suerte, silenciada por lo mucho que podía contar. Por ahora solo dos personas saben la verdad de esta historia: la Pepa y don Francisco Espoz y Mina.

Saltando este vacío en la documentación, encontramos de nuevo al matrimonio de Mathías y Josefa viviendo en Pamplona una vez pasada la guerra. Alonso intentó conseguir de nuevo el cargo de administrador de las carnicerías en 1815 y no lo consiguió. El 9 de abril de 1816, José Guidoti prestó dinero a Mathías y en 1819 este se encontraba inhabilitado e impedido para hacer negocios, ya sea por haber puesto punto y final a estos o por haber caído en quiebra. Por los motivos que fueran, el matrimonio, junto con su hijo, marcharon a Madrid en 1821. Pero en agosto de 1824 Josefa y su hijo se fueron a Segovia, donde, por ahora, se pierde su pista.

## LOS AFRANCESADOS

Aunque la mayoría del pueblo odiaba con toda su alma a los invasores, de la sociedad pamplonesa también surgieron determinados personajes que abrazaron la causa francesa. El motivo de esa alianza podía ser muy diverso. Unos lo harían por verdadera convicción, otros por miedo a las represalias, otros por mantener el puesto que desempeñaban antes de la guerra. Se les conoce como afrancesados o colaboracionistas. Algunos constituían un verdadero peligro para sus vecinos, ya que siempre estaban dispuestos a agrandar a sus nuevos amos pasando informes y partes de conducta. Otros se limitaban a vivir su vida, pero convencidos de que los nuevos tiempos eran mejores a los antiguos. Los que habían cambiado de chaqueta por motivos de supervivencia solían limitarse a hacer su trabajo sin molestar a los demás. Una vez pasada la guerra se abrieron procesos judiciales a estas personas. La mayoría fueron declarados inocentes, demostrando que lo que hicieron era por mera necesidad y que no causaron daño a nadie. Aunque sí que hubo quienes fueron condenados, como el caso citado anteriormente de Josefa Landarte. Las penas más comunes fueron la cárcel y el pago de multas.

Es difícil discernir a día de hoy quién fue afrancesado de corazón y quién lo fue por interés o supervivencia. Han pasado muchos años y lo que queda en los archivos es solo una pequeña parte de lo que fue. En estos podemos encontrar algunos procesos, como el abierto al carmelita calzado Antonio Sanz, que anteriormente he citado, el cual se saldó con un tiempo de cárcel y el pago de una multa.

Se sabe, por ejemplo, que había una casa, en la calle Bolserías número 3, en la que vivía Juan de Ypenza, cerero de profesión, que era donde se reunían los afrancesados de convicción y celebraban allí las victorias francesas<sup>28</sup>.

<sup>28</sup> ADP, Procesos, Navarro, C/2.703-Nº10.

La distancia de dos siglos es demasiado grande para poder hacer una separación entre los patriotas y los colaboracionistas. Solo pequeñas pinceladas se pueden encontrar, atrapadas en viejos papeles amarillentos. En aquella época resultaría muy sencillo, ya que todos se conocían y no resultaría fácil esconder lo que uno ha hecho durante casi seis años. El sentir del corazón podía mudarse de casaca de manera invisible, pero las acciones no se podían borrar. Para señalar de por vida a aquellos que habían ayudado a los franceses, para impedir que, una vez terminada la guerra, se subiesen al carro de la victoria y desapareciesen entre la multitud, Espoz ideó una técnica que aplicó por toda Navarra y que le granjeó un macabro apodo: el Cortaorejas. El nombre lo explica todo.

.....

La guerra de la Independencia supuso un antes y un después en la vida de todos aquellos que la sufrieron. Sembró diferentes semillas que crecerían en años venideros. Una de las más importantes fue la idea de que el pueblo puede gobernarse a sí mismo. Las ideas liberales chocarían con las absolutistas, hijas de épocas pasadas, y entre ellas se abriría un abismo del cual saldría más odio y destrucción.

Pamplona, durante la ocupación francesa, sufrió en sus carnes toda la crueldad del conflicto, viendo cómo muchos morían, huían o luchaban hasta la extenuación. Los últimos años estarían marcados por el hambre, la represión y los diferentes bloqueos a los que se vio sometida, para terminar con más de cuatro meses de sitio que consiguió expulsar a las águilas imperiales el 1 de noviembre de 1813. En un documento de ese año se puede apreciar que el número de habitantes de Pamplona en 1808 era de 12.838, y cinco años después se había reducido a 7.930<sup>29</sup>. Alto precio para una ciudad.

## BIBLIOGRAFÍA

Para la realización del presente trabajo se ha consultado la documentación existente en el Archivo Municipal de Pamplona, Archivo Diocesano de Pamplona y Archivo General de Navarra, así como las obras siguientes:

ARAZURI, J. J., *Pamplona. Calles y barrios*, Pamplona, 1981.

DEL CAMPO JESÚS, L., *Pamplona, tres lustros de su historia (1808-1823)*.

MIRANDA RUBIO, F., *Guerra y revolución en Navarra (1808-1814)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2011.

<sup>29</sup> AMP, Guerra. Suministros y contribuciones, leg. 129, c. A.

RESUMEN

*Pamplona durante la guerra de la Independencia*

El presente trabajo tiene como finalidad dar a conocer algunas de las transformaciones que se dieron en Pamplona con motivo de la ocupación francesa durante la guerra de la Independencia, así como sacar a la luz los nombres y las acciones de varios navarros que vieron sus vidas cruzarse con uno de los acontecimientos históricos más importantes de la historia de España. Héroes y traidores; patriotas y afrancesados; gente humilde, desconocida para muchos de los pamploneses de hoy, cuyos actos quedaron guardados en viejos legajos de «viejos» archivos.

**Palabras clave:** guerra de la Independencia; Pamplona; Bayona; D'Agoult; cuarteles; oficina de alojamientos; Junta de Alojamientos; Casa de los Toriles.

ABSTRACT

*Pamplona during the War of Independence*

This Project shows some of the transformations that took place in Pamplona due to the French occupation in the War of Independence. In this way we bring to light the names and actions of various people from Navarre, whose lives were affected by one of the most important historical events in the History of Spain. Heroes and traitors; patriots and those who supported the French; humble people, unknown to most people in Pamplona today, their actions were guarded in old bundles of old archives.

**Keywords:** the War of the Independence; Pamplona; Bayonne; D'Agoult; military barracks; housing office; the housing board; Casa de los Toriles.